

DIARIO DE UN ESCRITOR EN LA HABANA

Jaime García Terrés*

LUNES 2 DE FEBRERO

Encuentro una ciudad tranquila. Ni asomos de miedo o violencia. Decididamente la revolución no está en las calles. Está en los ánimos, en las conciencias, en los planes para el futuro y en los modos de afrontar el presente. Y, sin embargo, brota de todos lados el mismo comentario: "¡Qué diferencia con La Habana de hace dos meses! Desde la tarde, ya nadie salía. ¡La ciudad ha comenzado a despertar!" "¿Y por qué nadie salía hace dos meses?", pregunto, un poco en el limbo. "¡Por qué iba a ser! Porque nada garantizaba que volviera uno con vida. Las 'máquinas' de la policía no entendían de razones. Te llevaban, y se acabó. Sobre todo a los jóvenes; no había uno que no fuera sospechoso de conspiración. Ésa era la vida bajo el régimen de Batista. Por la noche, a encerrarse bien temprano, a menos que fuera absolutamente necesario, por algún motivo urgente, correr el riesgo."

Los barbudos. No tiene uno que buscarlos. Aparecen dondequiera, ametralladora, rifle o pistola en mano. Pero ¿son tan terribles como nos lo ha querido hacer creer cierta propaganda? No lo parecen. Saben hablar como cualquiera, reír como cualquiera; no molestan a nadie. Oigo que se les llama por sus nombres. Me doy cuenta de que se les trata con un afecto muy espontáneo. Impresionan por su común juventud. No pocos carecen de barbas porque los escasos años aún no se las deparan en cantidad honorable. Eso sí, los favorecidos con ellas las lucen sin recato.

* Ex director de la revista *Universidad de México* (1953-1965). *Universidad de México*, marzo de 1959, vol. XIII, núm. 7

MARTES 3 DE FEBRERO

Es obvia la unanimidad de la opinión en torno a Fidel Castro. Quien con más, quien con menos entusiasmo, todos los cubanos que he conocido —desde los choferes de taxi hasta los bien vestidos parroquianos del restaurante La Zaragozana, pasando por los dependientes de las casas de comercio, los voceadores de periódicos, el público de los cines, los meseros de los bares y la guapa muchacha que me vende cigarrillos en un expendio de la calle 23—, todos sin excepción aplauden lo que Fidel significa, declaran su simpatía por la revolución; y todos también se ensombrecen al hablar de las atrocidades de Batista.

Fidel no se halla en La Habana, sino en la Sierra Maestra. Ha ido a anunciar el establecimiento de una Ciudad Escolar en la finca El Caney, y la realización de otros proyectos en beneficio de los campesinos. La prensa reproduce sus palabras relativas a la cuestión agraria: "Hemos venido aquí para demostrar a los campesinos que no los hemos olvidado en el triunfo, y para decir a todos los cubanos que tengan presente que nosotros, los barbudos del ejército rebelde, somos de la sierra y exigimos al gobierno hacer la revolución agraria". Agregó que, si en un término de 30 días no está completo y en vigor el reglamento de la Ley Agraria, cuya falta impide el reparto inmediato, él, Fidel Castro, encabezará a esos dos millones de cubanos en una "invasión cívica" de La Habana.

Esto último constituye una explícita manifestación del desacuerdo que existe entre el régimen del presidente Urrutia Lleó y el alto mando revolucionario.

MIÉRCOLES 4 DE FEBRERO

Fidel ha comprendido la necesidad de acabar con el latifundio. No puede pensarse de otro modo cuando se considera, por ejemplo, que 24 empresas y familias azucareras controlan, por sí solas, la quinta parte de la superficie productiva nacional; es más: cinco empresas (Compañía Atlántica del Golfo, Julio Lobo, Cuban Trading Co., Cuban American Sugar Mill y Central Cunagua S.A.) dominan diez por ciento del área nacional en fincas. Se afirma que estas empresas sólo necesitan una parte del terreno que controlan para tener el abastecimiento de cañas que requiere la molienda, lo cual demuestra que la

reforma agraria no afectará el desenvolvimiento de la producción azucarera. Lo propio vale para los latifundios ganaderos.

Es obvio que el latifundio impide la diversificación de los cultivos, obstaculiza la gradual disminución de las importaciones en este renglón, y es índice y determinante de una economía colonial. De aquí que la revolución cubana pretenda ser, antes que cualquier otra cosa, una revolución agraria.

En la cafetería del Habana-Hilton, Luis Botifoll, el antiguo director de *El Mundo* (puesto que le fue arrebatado por intereses financieros al servicio de Batista), me ilustra sobre la situación de la prensa cubana. Alrededor de diez u 11 diarios circulan en La Habana. De ellos, *Revolución*, órgano del movimiento 26 de julio, es el de mayor tiraje. (Tiraje por lo demás insuficiente, pues los 65 mil ejemplares se agotan en unas cuantas horas; gran parte de la mañana se me va en conseguir uno para mí.) Lo siguen *Crisol*, *El Mundo*, *Excelsior*, *Informaciones*. *El Diario de la Marina* no tira actualmente arriba de unos 25 mil ejemplares. Una de las primeras medidas del gobierno provisional fue la prohibición de toda subvención oficial a los periódicos; como consecuencia muchos irán desapareciendo poco a poco, ya que no les será posible sostenerse sólo con anuncios y venta. Se publicó, además, una lista de los diarios que recibían dinero del batistato, especificando cantidades. La prensa acusada ha reaccionado discretamente ante la nueva política. Los periódicos mercenarios no han podido contraatacar en forma abierta, en vista de la actitud del pueblo, pero sí procuran hacer, de vez en cuando, alusiones venenosas indirectas. De cualquier modo, no hay ni habrá, por parte del movimiento revolucionario, restricción alguna a la expresión escrita o verbal.

El doctor Botifoll se ocupa por ahora de organizar entrevistas radiofónicas con personajes importantes, con estudiantes, con obreros. Prevalece en ellas —me asegura— la máxima libertad. Los entrevistados se refieren casi siempre a temas políticos, y toda especie de crítica se encuentra permitida. "¡Ya hubiera yo querido oír uno de estos programas en tiempos de la dictadura!", exclama alegremente. "Hubo uno, estudiantil, que tuvieron que clausurar apenas inaugurado, porque los muchachos insistieron en decir lo que pensaban."

El piso vigésimo tercero del hotel Habana-Hilton constituye por lo pronto el cuartel general de Fidel Castro durante sus estancias en la capital. Su presencia se hace patente, sin que nadie la publique. Veintenas de barbudos suben y bajan en los ascensores, invaden el vestíbulo, aguardan a la entrada del hotel. Hombres y mujeres de la ciudad y del campo forman locuaces grupos aquí y allá.

Los ascensoristas tienen instrucciones categóricas de no depositar a ningún extraño en aquel piso, si no es mediante un permiso especial otorgado por el propio jefe del ejército revolucionario o por alguno de sus ayudantes más próximos. No tanto —como pudiera creerse— por temor a un atentado, cuanto por la sencilla razón de que hay mucho que hacer, muchas decisiones que tomar cotidianamente, y el acceso de partidarios sin comisión, curiosos, visitantes, gestores de audiencias, etcétera, robaría, de permitirse, horas preciosas de actividad indispensable. En el piso vigésimo la oficina de relaciones públicas, capitaneada por Teté Casuso e Isabel Bermúdez, atiende y tramita las peticiones.

Es curiosa la mezcla que se observa en el elegante Habana-Hilton: millonarios estadounidenses y rebeldes de barbas abundantes comparten amigablemente el restaurante, los bares, la piscina, mientras los empleados del hotel debaten con toda libertad, en pleno *lobby*, sus problemas sindicales. Hace unos meses, esta convivencia de mundos tan dispares —el de los turistas de camisolas floreadas, el de los jóvenes combatientes de Sierra Maestra, el de los funcionarios, el de las organizaciones sindicales en acción informal— hubiera parecido inconcebible. Ahora, ha llegado a ser un espectáculo familiar y sólo sorprende a los recién llegados.

Pero Fidel —me confían sus ayudantes— no se siente a gusto en el lujoso hotel. Si de él dependiera se instalaría en el campo. Como ello no es posible, en vista de que lo requieren múltiples atenciones en el corazón político de la isla, ha de resignarse a esta suerte de alojamientos nada rústicos. Ya se asegura, sin embargo, que se establecerá en otra parte.

Hay entre los rebeldes numerosos extranjeros. Hispanoamericanos, en primer término: una buena cantidad de argentinos, con obligada mención especial del célebre Che Guevara; venezolanos, nica-

ragüenses, peruanos, costarricenses; algunos mexicanos. (He conocido a uno, de Torreón, apellidado Guillén Celaya.) También proliferan los estadounidenses que apenas saben hablar español. (“Un kaafey kuubaanou”, oigo decir de pronto, en la cafetería, a un capitán que se parece a Paul Muni.) Y hasta los europeos. Por lo que se refiere a los cubanos propiamente dichos, son asimismo de una gran diversidad. En lo físico y en lo cultural. Los hay hoscos, que huyen de los desconocidos y rascan el suelo con las botas, cuando se les hacen preguntas. O alegres y charlatanes (los más), que lo interrogan a uno antes de que uno pueda interrogarlos. El conjunto es pintoresco, animoso y de enorme sencillez en el trato. ¡Qué lejos se está aquí de esa soldadesca soez y despótica de los habituales golpes de Estado! Y es que estos muchachos combatían por una causa, por una serie de principios, por la humanización de su vida, y no por simple acatamiento a un caudillo faccioso.

Desde un rincón, erguido, en su uniforme de la aviación republicana española, el general Bayo (que adiestró a muchos de ellos) los contempla con orgullo paternal.

Me hago presentar a este viejo de noble cabeza leónfelipesca. Igual que la plana mayor revolucionaria (se dice que Fidel Castro, al enseñársele ciertos dibujos de Abel Quezada, murmuró: “Viniendo de México, duelen”), se muestra resentido contra nuestra prensa. Las palabras se le agolpan queriendo salir: “Me han llamado nada menos que delincuente, comunista, qué sé yo. Y cuando quise rectificar me contestaron que era contraria a sus procedimientos cualquier rectificación. Y yo que soy tan mexicano. Como también soy cubano, ¿sabe usted? Nací en Camagüey, y resulté español porque entonces Cuba era todavía española. Pero, vamos, la nacionalidad es sólo un accidente. El amor y no el nacimiento determina lo que uno es. Me he prometido luchar por la libertad dondequiera que sea necesario. ¿Antiyanqui? No, no lo soy. He vivido en Estados Unidos, y admiro a ese pueblo tanto como detesto su política internacional”. Se le acerca una muchacha: “¿Cómo te va? ¿Cómo has estado?” Bayo responde cualquier cosa, por cortesía, y luego me confía: “No sé quién es. Me ha salido una familia demasiado numerosa para que yo pueda identificar a cada uno de sus miembros”.

Uno de los barbudos de la escolta de Fidel dormita en un sillón. No tiene inconveniente en charlar unos minutos conmigo. "Al contrario", me dice. "Estaba yo aquí, nomás matando el tiempo. No es lo mismo pelear en la sierra que esperar sentado."

Se llama José García. Ingresó a las fuerzas rebeldes hace un año. No lo hizo antes, porque se le había dicho que la guerra se ganaría en los poblados —mediante la resistencia pasiva—, y no en el monte. Por fin, decidió unirse a los revolucionarios.

"La gente tenía mucho miedo de pelear. Sabía que al que agarraran preso no le perdonarían la vida. Todos odiaban a Batista; pero temían al ejército. Decían que al ejército no se le podía vencer. El de Cuba es, creo yo, un ejemplo para todo el mundo. Porque ya sabemos que sí es posible derrotar a un ejército como ése, cuando el pueblo está unido.

"También los rebeldes teníamos miedo. Lo aguantábamos cantando y diciéndonos bromas y cuentos, aunque no nos dieran ganas de cantar ni de reír. Nuestros jefes sí fueron valientes desde el principio, y poco a poco nos fueron entusiasmando.

"Ganamos gracias al sistema de guerrillas. El ejército no estaba preparado para combatirnos así; so-

bre todo en medio de un pueblo que no lo quería. La gente les daba indicaciones falsas, los despistaba; en cambio nos ayudaba a nosotros en todo lo que podía.

"Los prisioneros que hicimos recibieron el mejor trato. Les apartábamos los mejores alimentos... cuando teníamos alimentos, porque llegamos a pasar días y días de hambre. Nosotros no ajusticiamos a nadie; si entre los prisioneros había criminales, ése era asunto de los tribunales que más tarde habían de formarse.

"Yo no me quedaré en el ejército, el nuevo ejército definitivo. Ahora soy de la escolta de Fidel. Pero cuando pase este periodo, cómo le diré, difícil, volveré a mi casa. Vivo en Las Villas, con mi mujer y mis hijos. Mis negocitos están parados. Ninguno de nosotros estamos ganando dinero. Pero la revolución es algo muy importante, y usted sabe que sólo ha comenzado. Los que sean capaces son los que van a dirigirla. Yo serví para pelear, y cuando las cosas ya estén bien, volveré a lo de antes."

Me muestra su ametralladora, que descansa en el suelo, junto a él. "¡Cuánto trabajo me costó aprender a usarla!", dice sin ninguna afectación.



Foto: Pedro Hiriart

Un grupo conversa animadamente, cerca de la oficina de recepción del hotel. Aproximándome, saludo a Alfredo Guevara, a quien conocí exilado en México. Una hermana de Fidel Castro me pregunta: "¿Qué anda usted haciendo en Cuba?" "Por lo pronto", le digo, "estoy tomando unas cuantas lecciones." Sonríe, y comenta: "Todos tenemos que tomar lecciones unos de otros". El chofer de Fidel llega corriendo; me cuenta que el coche ("la máquina") del jefe de la revolución carece de "chapas". Que cuando Fidel lo ocupa, nadie los estorba, por supuesto. Pero que si él, el chofer, va solo, inmediatamente lo detienen y le reclaman esa irregularidad. "Si les digo de quién es la máquina, me contestan que con mayor razón se deben acatar los reglamentos, porque de Fidel están pendientes todas las miradas." Concluye: "Esto será muy cívico, chico, pero es muy molesto".

He pedido a Jacinto Torras, distinguido economista, que viniera a tomar una copa conmigo; llega puntualmente a la cita. Es un hombre tranquilo, de hablar pausado. No se muestra menos entusiasmado que yo ante el panorama nocturno de La Habana, que se admira desde el bar, en el vigésimo quinto piso. "No sabe usted qué tiempo hace que no disfrutaba yo de esta vista", me dice. "Durante meses y meses me vi obligado a no salir de noche."

Me interesa su opinión sobre el programa económico de la revolución. ¿No constituye un riesgo excesivo el anhelo de independizar la economía cubana de la estadounidense? Después de todo, los vínculos son muy estrechos. Él considera necesaria una actitud de firmeza. "La historia nos demuestra que con la docilidad absoluta no se gana gran cosa. Batista mantuvo siempre una entera sumisión respecto a los intereses norteamericanos, y a pesar de ello nos fue reducida la cuota del azúcar varias veces. Precisa diversificar el cultivo, y luego, buscar nuevos mercados. Que nos compre quien quiera comprarlos. No podemos depender de un solo mercado."

¿Se piensa tomar alguna medida en relación con los fondos públicos robados por Batista y sus secuaces?

"Medidas mínimas, que son las únicas posibles. Se ha suspendido la circulación de los billetes de altas denominaciones. Los tenedores de tales billetes pueden, en principio, cambiarlos en los bancos. Mas,

para ello, están obligados a declarar y probar su procedencia y a justificar su posesión. De este modo, se espera, al menos, dificultar que circule en Cuba el producto de los robos en efectivo.

"Asimismo se ha establecido un relativo control de cambios, prohibiendo que entre o salga del país dinero cubano, más allá de determinados límites."

¿A cuánto asciende el saqueo del batistato?

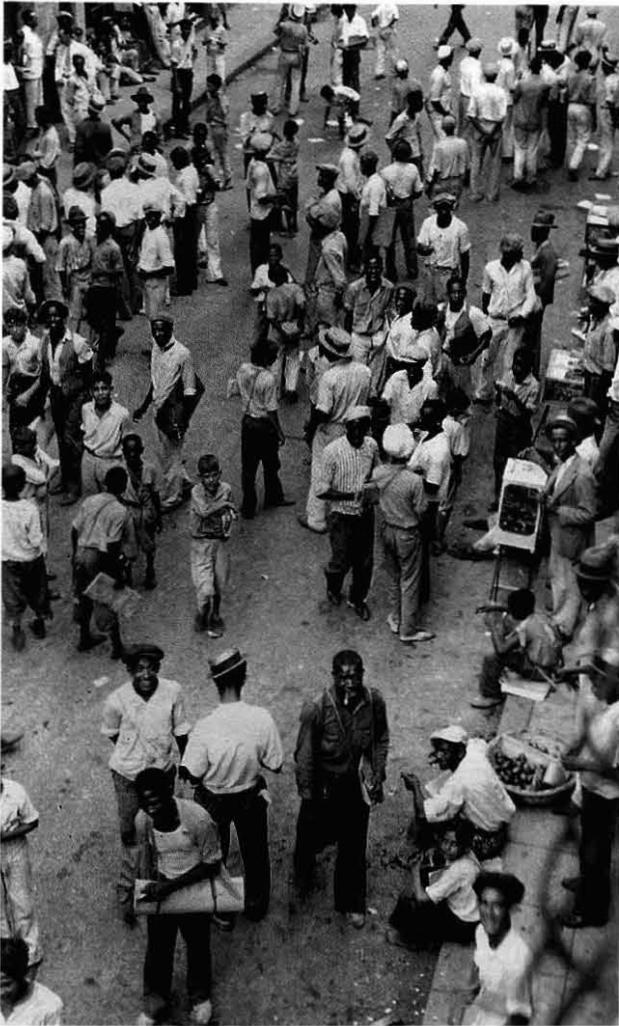
"No puede calcularse con exactitud. La fortuna actual del ex dictador se estima en varios cientos de millones de dólares. Sólo de las arcas oficiales desaparecieron unos 400 millones. Pero además hay que tener en cuenta los robos indirectos. En los últimos meses se lanzó un empréstito de 300 millones para obras públicas. Los contratistas recibían una ínfima parte de la cantidad anotada en los recibos; el resto pasaba a manos de Batista. De otro lado, muchos inversionistas extranjeros obtuvieron diversas concesiones a precios ridículos (por ejemplo, la compañía telefónica, las minas de níquel); el verdadero precio lo pagaban personalmente al general, quien buen cuidado tenía de no registrarlos."

¿Hay alguna diferencia entre el comportamiento de Batista durante su primera época y durante la segunda?

"Definitivamente. El primer batistato no digo que haya sido muy honorable, pero guardó cierto decoro. Y aun propició la democratización del régimen. Tanto es así, que el pueblo acogió, al principio, el golpe de Estado de marzo de 1953, casi con beneplácito, tras la inmoralidad administrativa que se había venido padeciendo en los años anteriores. En esta ocasión, sin embargo, fueron manifestándose en el dictador sicopáticos delirios de grandeza. No pensaba más que en el dinero, y en el exterminio de sus opositores. El derramamiento de sangre se convirtió en la cosa más natural, con lujo de sadismo y de arbitrariedades sin cuento."

Y esa inmoralidad administrativa, ¿no reaparecerá una vez liquidado el batistato?

"Se hará cuanto sea factible para evitarlo. Sabemos que la depuración de elementos comprobadamente deshonestos no es suficiente; pero ya es un primer paso. Por lo demás, el pueblo cubano es muy susceptible al buen ejemplo de los gobernantes. Durante el régimen de Grau San Martín, nadie robó un centavo mientras se creyó que el



propio Grau era honrado. Tras el desengaño es cuando vino la catástrofe.”

Por último, ¿no se teme que Cuba corra la suerte de Guatemala, de la Guatemala de Arbenz?

“De ninguna manera. Los problemas son muy distintos. Aquí es el pueblo el que está gobernando, el que tiene las armas. Allá se operó con indiscutible torpeza; se formó una casta gobernante. Para que la agresión extranjera contra Cuba tuviese buen éxito, se requeriría matar a la mitad del pueblo cubano. Por lo que hace a Batista, está políticamente liquidado, para siempre. El ejército batistiano no existe ya; lo ha remplazado, como he dicho, el pueblo mismo.”

Don Jacinto Torras bebe un segundo *highball*. Pero ya no hablamos más de política ni de economía. Nuestros ojos recorren en silencio la bella perspectiva de la ciudad.

SÁBADO 7 DE FEBRERO

La prensa da cuenta de un importante discurso de Fidel Castro a los obreros de la refinería Shell. Expresa allí Castro Ruz su preocupación por la opinión pública: “Siempre trato de conocer lo que se escribe sobre cada problema”. Y manifiesta que, a pesar de que otras revoluciones han aplicado la fuerza para aplicar las medidas necesarias, el gobierno no lo hará así, precisamente porque respeta y confía en la opinión pública. “El fracaso de la revolución es el fracaso de todos. O avanzamos cien años o retrocedemos otros tantos.” Anuncia que, después de la reforma agraria, se procedería a la reforma arancelaria, y solicita que los obreros aplacen sus demandas de justicia social, sólo para no entorpecer aquellos primeros e indispensables proyectos.

Paseo a la deriva. Llego al Parque Central y me siento en una de las bancas. Al poco tiempo, me hallo enfrascado en una conversación con varias personas que han ido al mismo sitio. Un hombre, pobre y desaliñadamente vestido, me dice que él también estuvo en la sierra, combatiendo; que vino a La Habana con las tropas libertadoras; que casi no hubo muertos en el encuentro final, y que conoce a tres o cuatro mexicanos que peleaban al lado de Fidel. No logra explicarme bien a bien por qué ha regresado a la vida civil. Un viejo interviene, pidiendo disculpas por la intromisión. Afirma que él se dedica a su trabajo y nada más, pero que, a través de los periódicos, se ha enterado de la marcha de los acontecimientos, y que está de acuerdo con las medidas revolucionarias. “Imagino yo que estos escarmientos y ejecuciones”, dice, “servirán para que durante los próximos 20 o 30 años (ignoro por qué fija este límite), los funcionarios de la policía no se excedan en sus castigos ni cometan arbitrariedades. En Cuba este tipo de abusos y crímenes han quedado siempre impunes; en lo futuro creo que va a ser diferente.” Tercia un vendedor de helados: “Con perdón de ustedes, a tantos matones no deberían fusilarlos; deberían hacerlos picadillo. Y para mí que habíamos de echarnos sobre Santo Domingo, al fin somos cinco contra uno”. El viejo se abstiene de todo comentario al respecto: “Yo sólo leo los periódicos”, dice.

Meditaciones sobre el “terrorismo” revolucionario. Se ha ejecutado únicamente a evidentes asesinos. Considerado el odio que por ellos sentía el

pueblo, entraña un acto de misericordia el fusilarlos. Yo he sido siempre enemigo de la pena de muerte; mas no cabe olvidar que ésta es una situación anormal; toda revolución lo es. Y resulta grotesco lanzar alaridos de indignación por el ajusticiamiento de unos asesinos cuyos indudables crímenes no alcanzaron a despertar la menor protesta, en el tiempo que fueron cometidos. Ha escrito Carleton Beals: "Puedo certificar que no ha habido en Cuba, en estos días, ninguna matanza colectiva; sólo el juicio y la ejecución de culpables de dichas matanzas colectivas": hay que tener presente que el batistato cuenta en su haber con 20 mil asesinatos comprobados, más los que aún se ignoran, más el ejercicio de morbosas torturas, más innúmeros casos de mutilaciones no seguidas de muerte. Uno sólo de los recién ajusticiados debía alrededor de 400 asesinatos, los cuales no merecieron entonces, al parecer, ni la milésima parte de las reclamaciones enérgicas ocasionadas hoy por la supresión del responsable.

DOMINGO 8 DE FEBRERO

Fidel Castro está fatigado de las entrevistas que le solicitan sin cesar los periodistas venidos de todas partes del mundo. Se niega a hablar con ellos. Y le sobra razón. Su promedio cotidiano de trabajo se acerca a las 20 horas. ¿Por qué había de sustituirlo, o de sacrificar el escasísimo reposo, dejando que los curiosos lo agobien con preguntas a menudo triviales? El viernes pasado condescendió a dejarse entrevistar para un programa estadounidense de televisión. Ayer recibió, en rápida conferencia de prensa, a varias decenas de corresponsales extranjeros que se negaban a marcharse de Cuba sin haberlo visto. Hoy, domingo, se ha ido a descansar al campamento militar de Managua, cerca de la Escuela de Cadetes.

Para allá vamos nosotros —un pequeño grupo—, con la promesa de que nos recibirá unos instantes, como especial cortesía. Llevamos un pase firmado por Celia Sánchez, que nos abrirá todas las puertas.



Como era de esperarse, sin embargo, Fidel no está en Managua. Nadie sabe su paradero. Alguien adivina que su hermano Raúl lo ha convencido de que fuese a nadar a la playa. Silverstein, un reportero californiano de televisión, que lleva siete semanas tratando de lograr –y filmar– un encuentro con el jefe máximo, parece a punto de abandonar su habitual buen humor; acaba por volver a guardar sus complicados aparatos, y apunta una sonrisa resignada. Todos comprendemos que Fidel es merecedor de unos momentos de diversión.

El campamento se halla repleto de barbudos. Las barbas son mucho más pobladas que las que acostumbramos a advertir en la ciudad. Y hay aquí innumerables guerrilleras, mujeres sencillas que consienten alegremente en ser retratadas, y aun se disputan tamaño “privilegio”.

Hemos de regresar. Pero lo hacemos pasando por Kukine, la finca de Batista. Los jardines son espléndidos, diseñados con auténtico buen gusto. “Es un Versalles tropical”, comenta el apacible Silverstein. Al interior de los diversos pabellones apenas podemos asomarnos. Están cerrados, porque se ha iniciado el inventario de los muebles. Las ventanas, no obstante, son reveladoras. El lujo no es tan grande como yo me había imaginado. Quizá esté confinado a las habitaciones, que no alcanzan a mirarse desde afuera. Eso sí, en los jardines aparecen toda clase de comodidades. Dos piscinas. Una fuente de sodas. Un bar. En uno de los patios nos topamos con la sangrienta, plural ironía de unas estatuas que representan –nada menos– a Bolívar, Martí, Maceo, Sucre, Hidalgo y Benito Juárez. Más comprensibles resultan los bustos de Napoleón en la biblioteca. Libros hay en buena cantidad. Se dice que Batista era un gran lector. Me pregunto si sus lecturas incluían al Marqués de Sade (bien que el ilustre sicótico del siglo XVIII jamás haya preconizado la legitimidad de la tortura *con fines políticos*).

Un flaquísimo negro brinca sobre el césped, mientras grita para sí, con pueril júbilo: “Si me viera Batista, me mandaba orcar”.

LUNES 9 DE FEBRERO

En una entrevista televisada del viernes, Castro manifestó que no se afeitaría las barbas hasta que pudiera dotar a Cuba de un buen gobierno. Los periódicos han publicado dibujos en que aparece algún personaje popular exclamando: “Ojalá que se afeite pronto”. Una

muestra más del disgusto general que priva contra el poder civil. El presidente Urrutia Lleó, se me dice, es una persona honrada, pero inepto para el mando y la organización política en esta época de crisis. Se espera vencer a Fidel de que acepte el puesto de primer ministro.

El diputado venezolano Carlos Andrés Pérez, de paso por La Habana, ha declarado:

Si olvidamos la urgencia de estrechar los lazos económicos, culturales y políticos, estamos liquidados. Si nos dormimos en los laureles de la euforia, y olvidamos la elaboración de todas las medidas necesarias para estabilizar, mediante hechos, la democracia en nuestros países, estamos empedrando el camino de la reacción, del ‘golpismo’ y de la contrarrevolución. Nosotros, los líderes y los militantes del Partido Acción Democrática, estamos convencidos, y abiertamente dispuestos a formar con los líderes y militantes del Movimiento Revolucionario 26 de julio, y con todas las organizaciones democráticas de Cuba, un fuerte y eficaz aparato de solidaridad revolucionaria latinoamericana que no sólo contribuya a estabilizar definitivamente las conquistas logradas por nuestros dos pueblos, sino que también se proyecte con éxito hacia una labor de profilaxis política en América, minando las dictaduras y los remanentes del feudalismo y del coloniaje...

Dondequiera se escucha música popular revolucionaria. No sólo la *Canción de la Libertad*, especie de himno de los rebeldes. También abundan típicas “décimas” campesinas, marchas como la “de los barbudos”, y una que otra guaracha festiva sobre temas de actualidad. Entre estas últimas he oído dos memorables, ambas del compositor y guitarrista Carlos Puebla: *Cómo cae un general* y otra que comienza –dirigiéndose a Fidel–: “Ya te ganaste la guerra, gánate ahora la paz...”

MARTES 10 DE FEBRERO

Opinión generalizada: que las vocaciones políticas no abundan en el seno del Movimiento 26 de Julio. Con excepción de Fidel Castro, de su hermano Raúl, del Che Guevara (antiguo médico, por cierto, del Hospital General, en México), se trata por lo regular de hombres valientes, diestros en el arte de la

guerrilla, y ejemplarmente decididos, pero carentes del talento y la disciplina necesarios para gobernar a una nación. Esta laguna significa un grave peligro para el futuro de la revolución. Es decir, significará tal de confirmarse, una vez que la revolución asuma, plenamente, la administración de la república, cosa que no ha sucedido aún; entretanto, pueden ocurrir no pocas sorpresas.

En la calle de San Rafael, me topo con Hugo Latorre Cabal, enfundado en un elegante *Palm Beach*. El amigo y periodista colombiano, largamente radicado en México, ha venido a pasar unos días a La Habana, en el curso de su viaje de regreso a Bogotá. No ha resistido la tentación de conocer por sí mismo la actual realidad cubana. Juntos, nos dirigimos a La Bodeguita del Medio, célebre rincón habanero donde se comen "masitas de puerco", "frijoles dormidos" y "plátanos a puñetazos"; se beben "mojitos" y se disfruta de la guitarra de Carlos Puebla. Es algo así como una *boîte* genuinamente cubana, frecuentada por personajes de las letras y de la política; no demasiado —y es una inexplicable fortuna— por los turistas.

El dueño nos avisa que en la mesa vecina está "el senador estadounidense Charles Porter, con su comitiva". Ni Porter es senador, sino diputado (*congressman*), ni es éste, el insigne "enemigo número uno de Trujillo y las tiranías del Caribe", que se halla frente a nosotros, sino su colaborador íntimo, el señor Powell. En todo caso, al enterarse de la presencia de dos periodistas hispanoamericanos (Hugo y yo), el señor Powell nos invita, por conducto de su afable y portorriqueña secretaria-intérprete, a tomar una copa en su mesa. Tiene el aspecto de un jugador de fútbol americano, y, sin preámbulos, me pregunta cómo es posible que el gobierno mexicano ("un gobierno liberal y progresista") tolere "la campaña prodictatorial de algunos periodistas mercenarios". Es una interrogación que no aguarda respuesta de mi parte. Powell se muestra en verdad indignado, y sigue hablando sin que se le interrumpa. Entre otras cosas, se refiere a la conveniencia de que el movimiento sindical mexicano establezca ligas con los círculos avanzados del sindicalismo estadounidense. Me dice finalmente que él, Powell, está operando como agente de enlace entre Fidel y los políticos liberales de Estados Unidos.

MIÉRCOLES 11 DE FEBRERO

Visita al Instituto de Cultura. En la antesala de la dirección, saludo a José Antonio Portuondo, recién llegado de Europa, y a Lezama Lima, antiguo editor de la revista literaria *Orígenes*. El director del instituto, Pedro Caas Abril, me recibe enseguida, e invita a Portuondo a participar en la conversación. Aquí, como dondequiera, las cosas están reorganizándose, y a cada momento entran a la oficina diversas personas en busca de instrucciones: "¿Qué tipos vamos a emplear en la nueva revista?" "¿Hasta cuándo estará abierta la exposición de pintura?" El profesor Cañas se da tiempo para exponerme el funcionamiento del instituto; su creencia de que pronto se creará un Ministerio de Cultura, deslindado del de Educación, y sus opiniones (por lo demás certeras) acerca del carácter del mexicano: "Demasiado nacionalista", dice. "Estoy seguro de que en Cuba no se siente extranjero. Yo sí me sentía extranjero en México; me lo hacían sentir sin cesar." Advierto que carece de planes definidos respecto al porvenir de la institución que dirige. Tampoco aparenta interesarse demasiado por los problemas de la cultura cubana. Pero es un hombre de una jovial cortesía, y nos quedamos charlando un buen rato. Las intervenciones de José Antonio Portuondo son escasas e inteligentes. Al salir, Lezama Lima me recomienda un libro de Cintio Vitier (*Lo cubano en la poesía*), que ha suscitado algunas polémicas en los circuitos intelectuales habaneros. Le respondo, sin mentir, que Vitier ha tenido ya la amabilidad de enviármelo a México, aunque todavía no he podido iniciar su lectura.

JUEVES 12 DE FEBRERO

El Consejo de Ministros, erigido en Poder Legislativo, ha formalizado una Ley Fundamental con objeto de mantener los principios esenciales de la Constitución de 1940 y de legitimar, a la vez, algunas modificaciones imprescindibles. Una disposición de esa ley otorga la ciudadanía cubana "por nacimiento" al Che Guevara, como agradecimiento a los servicios prestados a la revolución. Hay el antecedente de una distinción semejante al generalísimo Máximo Gómez. Los diarios registran hoy declaraciones alusivas del comandante Guevara, que aprovechó la ocasión para una somera referencia a la reforma agraria: "Hay que crear el patrimonio na-



Foto: Pedro Hiriart

cional aunque los grandes capitales se opongan”, manifestó el nuevo cubano. Anunció después que ya se estudia la creación de un cuerpo médico militarizado que se traslade al campo para solucionar el grave problema de la salubridad y el de la habitación. Que probablemente se emitirán, para la adquisición de tierras, bonos rescatables a cierto tiempo. Que se establecerán cooperativas de consumo, con el fin de eliminar nocivos intermediarios. Finalmente, dijo que consideraba excesivo el plazo de un año que se ha pedido a los trabajadores en el aplazamiento de sus justas demandas.

Un cine de la calle de San Rafael exhibe cerca de dos horas de documentales sobre la revolución. El espectáculo es impresionante. No sólo por las películas mismas, sino por la devoción y el entusiasmo con que el público las presencia. Para entrar es preciso hacer una larga cola y quedar de pie mientras se desocupan las butacas requeridas. Todo ello vale la pena.

Por la tarde, he concertado una cita con dos personajes del Partido Comunista cubano: Mirta Aguirre y Carlos Rafael Rodríguez.

La señorita Aguirre me espera en el local del Lycaeam, una asociación femenina de conferencias, exhibiciones de arte y conciertos. Al sentarnos frente a una mesa, nos sirven refrescos y pastelillos de almendra. Continuamente llegan a saludar a mi anfitriona diversas señoras. Una de ellas es doña Elena Mederos, la ministra de Bienestar (Asistencia Social, podríamos decir en México). Mirta Aguirre me la presenta, y comenta sonriendo: “Ella piensa que es de izquierda; yo pienso que es de centro”. Luego, empieza a hablarme de la situación general en la isla. Observa que el pueblo cubano (cosa que ya he comprobado en abundancia) es muy “politizado”. Se declara contra el sectarismo que ha comenzado a manifestarse “disfrazado de extrema izquierda”; reconoce que hubo en los esfuerzos revolucionarios la presencia de “una derecha limpia”. Por fin, me

ruega que la disculpe, pues tiene un compromiso inaplazable. Al despedirme en la puerta, llama a la joven que atiende los teléfonos: "Esta muchacha", me dice, "es hermanita del padre O'Farrill, a quien tanto queremos nosotros, por lo bien que se portó durante la lucha."

Carlos Rafael Rodríguez me ha citado en la redacción de su periódico, el *Hoy*, a cuyo cargo se encuentra provisionalmente. Combatió en Sierra Maestra, y, al igual que los demás, usa barba; pero la suya es una barba aliñada, discreta, casi simbólica. A pesar de ser una figura principal del marxismo cubano, rehuye las fórmulas ("las pautas"), al expresar su pensamiento. Se refiere a la cuestión obrera. "Ésta ha sido una revolución agraria", me indica. "Hasta ahora el problema obrero permanece un poco... estancado. En el seno de las organizaciones sobreviven viejos feudos e intereses, a los que se han superpuesto algunos elementos del 26 de julio. Desde 1952 no ha existido en Cuba la democracia sindical; sin embargo, los sindicatos eran fuertes, y Batista no pudo hacer mucho en contra de ellos, no logró jamás dominarlos completamente." Enciende un cigarrillo, y prosigue: "Esos miembros de nuestro partido, quiero decir los miembros militantes, son aquí

relativamente poco numerosos. Con todo, no es remoto que en las próximas elecciones conquistemos una votación apreciable. Claro que el Movimiento 26 de julio, cuando se organice en partido político, lo que deberá hacer en el curso de unos meses, alcanzará un triunfo abrumador. Pero hay que jugar desde luego con las cartas sobre la mesa".

Botifoll me presenta a algunos de los barbudos que iniciarán un recorrido por América latina, y a Violeta Casals, que los acompañará. Ella ha sido actriz, profesión que abandonó para dedicarse, durante el combate revolucionario, a ser locutora de la clandestina Radio Rebelde. Irán primero a México, y luego a Panamá, Bogotá, Quito, Lima, Santiago de Chile, Buenos Aires, Montevideo, Río de Janeiro y Caracas. Llevan abundante material escrito, filmes documentales, compendios de leyes en vigor. Se proponen entrevistarse con jefes de Estado, profesores y estudiantes universitarios, sindicatos obreros y periodistas, para explicarles la realidad del movimiento revolucionario.

VIERNES 13 DE FEBRERO

No quiero marcharme de Cuba sin llevarme algunos discos con las principales canciones revolu-



Foto: Pedro Hirriart

cionarias. Escojo unos cuantos en una tienda vecina. Al pagarle el precio correspondiente, el dueño me pregunta mi parecer sobre los últimos acontecimientos, porque "no es lo mismo la opinión de un cubano que la de un extranjero". Le doy la mía, sin reticencias, y esto lo anima a despacharse toda una conferencia sobre lo que se ha hecho y lo que falta por hacer en Cuba. "Es necesario que se inculque al pueblo un mayor espíritu cívico. Los cubanos tenemos inclinaciones demasiado anárquicas. Pero ahora es diferente. Espero que comprendamos cada uno nuestra propia responsabilidad; que no tratemos de echar la culpa a la situación, a las cosas, para excusar el cumplimiento de nuestros deberes". Le ofrezco, de modo casual, un *Chesterfield*. No solamente lo rehúsa, sino que me obsequia, después de buscar en un cajón, tres cajetillas de cigarrillos cubanos, de diversas calidades, unos rubios, otros negros, otros con filtro. "El tabaco cubano es de los mejores del mundo", exclama. "Acostúmbrese usted a él, y así, de paso, nos ayudará un poco."

Frente a los escaparates comerciales, en uno de los pasillos del Hilton, veo a un anciano de cabello blanco, que camina con majestuosa lentitud. Lo acompaña un oficial de marina. Más tarde, tengo oportunidad de hablar con el oficial. El anciano es el senador O'Hara, veterano estadounidense de la guerra de independencia cubana. Ha querido venir personalmente a felicitar a Fidel Castro Ruz.

SÁBADO 14 DE FEBRERO

Una noticia ocupa hoy la primera plana de todos los diarios. Fidel Castro ha sido designado primer ministro por el presidente Urrutia. El doctor Miró Cardona, que había venido desempeñando oscuramente eso que aquí llaman el "premierato", sugirió esta medida, dentro del propio texto de su renuncia.

El hecho se anticipaba ya, si bien no se esperaba de inmediato. Era la única forma de resolver la crisis gubernamental, y el medio más adecuado para regularizar la situación política del jefe de la revolución. De ahora en adelante, el presidente de la república actuará sólo como un poder moderador, y Castro Ruz dejará de ser un inspirador marginal del programa revolucionario, para convertirse en la virtual cabeza de un régimen semiparlamentario. El actual seguirá siendo un régimen de transacción,

pero su estructuración será mucho más congruente que la anterior, con la realidad imperativa de la fase que está viviendo Cuba.

El diario *Revolución* comenta en su editorial:

El líder de la revolución no tenía más que dos alternativas: la primera, imposible y absurda, marginarse de la vida pública sin decir una palabra, sin dar una orientación, sin participar en la gobernación de nuestra patria. ¿Cómo es posible que quien fue capaz de dirigir la lucha contra la tiranía, hasta culminarla con el triunfo de la insurrección, fuera a dejar ahora, cuando hay que plasmar la revolución en realidades, su puesto de conductor y guía? Marginarse era imposible. Pero si no se marginaba se diría que había dos poderes, que el poder andaba disperso, que el gobierno decía una cosa y Fidel otra... Ahora no hay más que una línea y una proyección. Gobierno, revolución y pueblo marchan por la misma vía...

Es casi seguro que, ulteriormente, tendrá que volverse al sistema presidencialista, si, como todos auguran, Castro acepta su postulación para la primera magistratura dentro de dos años. Como quiera, entonces se habrá promulgado una nueva Constitución cubana; ella proveerá lo conducente.

DOMINGO 15 DE FEBRERO

He aquí mi último día en Cuba. No he insistido en hablar personalmente con Fidel Castro, ni con los demás cabecillas de la revolución, ni con los altos funcionarios del gobierno. Sospecho que, en esta forma, he logrado una imagen, acaso menos espectacular, pero en todo caso nada oficial, más espontánea, más "vívida", del drama cubano. Nadie ha guiado mis pasos. Muchos de los encuentros—casi la totalidad de ellos—han sido fruto del azar. Algunos—dos o tres—obedecieron a un normal deseo de equilibrar las casuales fuentes de información. Mis propios ojos y oídos han constituido mis mejores auxiliares.

Mientras camino por La Habana Vieja, a lo largo de estrechas callejuelas que van a desembocar al mar, calculo la hondura de la experiencia obtenida en estas dos semanas, y me siento satisfecho. ●